

Seymour Martin Lipset, *La división continental. Los valores y las instituciones de los Estados Unidos y Canadá*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 321 p.

Marisa Studer

Los ochenta fueron para Canadá años de reflexión sobre los fundamentos de su identidad nacional. Reflexión obligada por el largo y profundo debate de 1988 sobre el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, que formalizó la integración económica continental, y el Acuerdo de Meech Lake de 1987, que buscaba reformular aquellos aspectos que habían mantenido a Quebec fuera del marco constitucional de 1982. En el debate sobre la redefinición de la identidad canadiense, la introducción de la variable estadounidense fue ineludible por la tradicional tendencia canadiense, especialmente de los canadienses anglófonos, a definirse más por referencia a Estados Unidos que a su propia historia y tradiciones.

En este contexto surge el ensayo interpretativo *La división continental...*, de Seymour Martin Lipset. Su objetivo es mostrar cómo Estados Unidos y Canadá, a pesar de ser dos de los países industrializados de Oc-

cidente que más se asemejan, siguen siendo culturalmente diferentes dados sus distintos principios organizativos básicos. La obra es peculiar por ser el único análisis general comparativo de un estadounidense sobre las diferencias culturales de esas dos sociedades. En este sentido, Lipset reivindica la tradicional actitud de muchos estadounidenses de pensar que los canadienses son como ellos, actitud que ha provocado resentimiento en Canadá por reflejar un desinterés generalizado en Estados Unidos por estudiar y conocer a sus vecinos del norte. Por otro lado, llama la atención que el ensayo de Lipset defina la identidad canadiense por referencia no tanto a los factores históricos y culturales propios de Canadá, sino a los que dan un carácter excepcional a Estados Unidos.

La contribución más valiosa de *La división continental* es la explicación histórica de por qué Canadá y Estados Unidos son dos naciones distin-

tas, misma que desarrolla en los primeros tres capítulos. La Revolución estadounidense aparece en este análisis como el hecho histórico que marcó los rumbos distintos, aunque paralelos, de esas naciones. De aquel hecho, indica Lipset, nacieron dos naciones, no sólo una: una de la Revolución, y la otra, de la contrarrevolución (p. 19). El argumento intenta mostrar cómo los principios organizativos que surgieron a partir de la Revolución estadounidense dieron origen a una ideología excepcional en Estados Unidos y a un problema perenne en la definición de una identidad nacional en Canadá.

La Revolución estadounidense, afirma Lipset, se convierte en la *raison d'être* de la entidad política estadounidense (p. 38). El carácter "excepcional" de esta última surge de los valores de individualismo e igualitarismo competitivo, derivados de la ideología *whigh* y establecidos en la Declaración de Independencia. De ellos surge el "americanismo estadounidense", una ideología, una "religión política" (pp. 38-61 y 73). La independencia en Canadá, en cambio, "se da a través de la evolución de la lealtad, no por una revolución" (p. 74). Canadá no desarrolló una ideología universal, no hay un "canadianismo", carece de una mitología y su primera Constitución, que legitima la contrarrevolución, fue redactada por conservadores *tories* que no se expresaban en el lenguaje popular (pp. 62-63). El peso de la Revolución estadounidense en los fundamentos organizativos de Canadá se refleja, además, en la tendencia canadiense

a definirse por referencia a lo que no son, estadounidenses, y "terminan siendo los no estadounidenses más antiguos y permanentes del mundo" (pp. 74-75). De estos principios organizativos surge, según Lipset, una sociedad canadiense conservadora, más clasista, elitista, legalista, estatista, colectivista y particularista (orientada hacia los grupos) que la estadounidense, y una sociedad estadounidense más religiosa, patriótica, populista, antielitista, meritocrática e igualitaria que la canadiense y que las de otras naciones (pp. 26-27). En ocho capítulos basados en encuestas de opinión, Lipset presenta un valioso análisis de los valores sociales de ambos países. Se propone mostrar cómo las consecuencias de la Revolución estadounidense en los dos países se vieron luego reforzadas por otras diferencias en la literatura, las tradiciones religiosas, las instituciones políticas y legales, y las estructuras socioeconómicas. Al centrarse en el excepcionalismo estadounidense como la causa de las diferencias culturales entre los dos países, Lipset descarta de entrada las características también "excepcionales" de la cultura canadiense. Una de ellas es el carácter peculiar que adquiere la ideología *tory* o incluso el liberalismo clásico, en una sociedad que, como la estadounidense, está formada por inmigrantes europeos, es heredera de estructuras y valores liberales, y carece de los elementos posfeudales mercantilistas característicos de los países europeos. El liberalismo en Canadá ha dejado una huella clara y profunda en las instituciones políticas, sociales y legales

canadienses que las hace únicas por referencia no sólo al "americanismo", sino también a cualquier otro país del mundo. Aunque en Canadá no hay una cultura "excepcional" en el sentido tocqueveliano o aspiraciones universalistas, existen una historia y valores propios. En éstos el factor francés o quebequense tiene la mayor importancia. Éste es, sin embargo, el gran ausente en el ensayo de Lipset, a pesar de que ha sido y sigue siendo una de las fuentes de distinción cultural más importantes entre Canadá y Estados Unidos, no sólo por las peculiaridades culturales evidentes que un idioma distinto implica, sino también por ser uno de los factores que, desde los orígenes de Canadá, ha creado modalidades organizativas particulares de la entidad canadiense y, en las últimas décadas, ha llevado al Canadá anglófono a reflexionar sobre los fundamentos que componen a la nación canadiense y a buscar una definición "positiva" de su identidad nacional.

Al excluir el factor quebequense del análisis comparativo cultural, el objetivo de Lipset de probar que existen diferencias significativas de valores entre ambos países, si no fracasa, al menos queda trunco. A lo largo del análisis, el lector puede comprobar que la literatura canadiense anglófono expresa valores idénticos a los estadounidenses; que la influencia de las iglesias anglicana y católica en Canadá es ya parte del pasado, ahora hay una división tan tajante entre Iglesia y Estado como en Estados Unidos; que en ambos lados de la frontera existe un marco legal similar de de-

fensa de las minorías y grupos étnicos; que es casi imposible mostrar que los empresarios canadienses tengan valores distintos a sus contrapartes estadounidenses.

Por otro lado, su énfasis en el peso de los valores, sobre todo aquellos que surgen de la historia, impide a Lipset aceptar la gran fuerza explicativa de los factores estructurales, que también han ido transformando con el tiempo los valores culturales. Si bien es cierto que Estados Unidos y Canadá no son iguales por sus distintos orígenes históricos y sistemas políticos, de los cuales surgen valores particulares, los factores estructurales explican tanto la continuidad de las diferencias a través del tiempo como las cada vez mayores coincidencias entre ambos países. Su vasta geografía y el pequeño tamaño de su población, por ejemplo, han hecho inevitable que en Canadá haya una mayor participación del Estado en la sociedad y la economía que en Estados Unidos.

Igualmente, cambios institucionales de envergadura han hecho a Canadá cada vez más similar a Estados Unidos. La introducción de la Carta de Derechos y Libertades en la Constitución de 1982 hace de Canadá una sociedad mucho más individualista desde un punto de vista legal; aquélla termina, además, fortaleciendo al poder judicial en detrimento del principio de la primacía del Parlamento, haciendo que las diferencias políticas y legales entre Canadá y Estados Unidos sean menores; también ha ido disminuyendo la participación del Estado en la economía canadiense, en particular a raíz de las políticas neo-

conservadoras del gobierno de Brian Mulroney en la década de los ochenta —aun cuando el Estado benefactor no haya sido desmantelado completamente—, sobre todo en lo que toca a servicios médicos y de bienestar social; aun el proceso de secularización que ha hecho de Quebec, la provincia que por tradición era la más conservadora, una sociedad mucho más individualista. Esto, sin mencionar otros cambios estructurales de importancia, tanto en Canadá como en Estados Unidos, que los han hecho converger tanto en principios organizativos como en valores culturales.

Aunque Lipset promete mostrar en *La división continental...* por qué los estadounidenses y los canadienses son fundamentalmente distintos, a lo largo de su análisis resaltan más los puntos de coincidencia entre esas dos sociedades. Al final de su obra, Lipset reconoce que las estructuras econó-

micas, políticas y sociales hacen a estos dos países muy semejantes —son “sociedades industrializadas, ricas, urbanizadas y heterogéneas desde el punto de vista étnico”— y que las semejanzas persisten, “en particular las diferencias culturales del pasado” (p. 252). Para ilustrar su argumento, hace una analogía de estas dos naciones con “dos trenes que transitan por vías ferroviarias paralelas” y donde, a pesar de haber recorrido un largo trecho juntos, “subsiste una brecha que los separa” (p. 252). Pero si las estructuras han hecho que aquellas sociedades se parezcan cada vez más, aunque mantengan ciertos valores histórico-culturales distintivos, la analogía de Lipset tendría que ser reformulada. Las vías —que representan el contexto estructural— se han ido cerrando con el tiempo hasta convertirse en una sola; los trenes, sin embargo, siguen siendo distintos.